

**MJ**

estudios

Relevancia de las mujeres en las primeras comunidades cristianas

ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ

Doctorada en Teología.

Profesora de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Síntesis del artículo

Elisa Estévez nos presenta a unas cuantas de las numerosas mujeres que, según el Nuevo Testamento, realizaron una importante tarea evangelizadora en el cristianismo primitivo. Algunas de ellas, de hecho, ejercieron el liderazgo comunitario en las primeras comunidades cristianas. Ellas son modelo de referencia para las mujeres que hoy son agentes de pastoral en la Iglesia.

#PALABRAS CLAVE: Nuevo Testamento, evangelizar, mujer, liderazgo, comunidades.

Abstract

Elisa Estévez introduces us to a few of the numerous women who, according to the New Testament, carried out an important evangelizing task in primitive Christianity. Some of them, in fact, exercised community leadership in the first Christian communities. They are a reference model for women who are now pastoral agents in the Church.

#KEYWORDS: New Testament, evangelize, woman, leadership, communities.

La presencia y protagonismo de las mujeres en las primeras comunidades cristianas es un hecho innegable. El Nuevo Testamento, además de otros escritos cristianos, dejan constancia de su colaboración activa en la misión y en la consolidación del movimiento cristiano en los dos primeros siglos. No se nombran todas las que fueron. Los testimonios, no obstante, permiten vislumbrar la urdimbre en la que se fraguó el protagonismo de mujeres creyentes que, estrechamente vinculadas a Cristo y a su evangelio, se dispusieron, junto con otros varones, a comunicar la Buena Nueva del Reino, y a crear comunidades y

redes de fraternidad por todo el Mediterráneo. Su experiencia de compromiso animando la vida comunitaria, en muchos casos en posiciones de liderazgo, e implicándose en la tarea evangelizadora con todos los riesgos y desafíos que comportaba vivirla en medio de sus familias, en la profesión, etc., nace y se fundamenta en su experiencia creyente.

Hacemos memoria en este artículo de algunas de estas mujeres¹. Ellas forman parte de

¹ Para profundizar y ampliar, véase **Elisa Estévez López**, *Qué se sabe de... Las mujeres en los orígenes cristianos*, Verbo Divino, Estella 2012.

nuestras raíces en la tradición cristiana y sus historias de vida son una oportunidad para reencontrarnos con las testigos que nos precedieron en la fe. En palabras de María Zambrano, ellas son un *tesoro anónimo con nombre y figura*, que nos invita, no sólo a recordar, sino a *aclarar en su espejo nuestras búsquedas, preguntas, nuestras incertidumbres...*, a *descubrir* también en su palabra y en sus gestos, ese *saber no sabido cargado de significaciones*, que ilumina y alienta el caminar de la Iglesia y de las sociedades actuales.

1 Discípulas y testigos de Cristo resucitado

Los evangelios han conservado una serie de listas de mujeres (prácticamente todas en el relato de la Pasión: Mc 15,40-41; Mt 27,55-56; Lc 8,1-3), donde ha quedado consignado el testimonio de mujeres concretas, mujeres de carne y hueso, que siguieron a Jesús permaneciendo en el discipulado hasta el final. Apenas conocemos datos de ellas, pero es posible rastrear su experiencia creyente, sobre todo en el relato de la tumba vacía y en alguno de los encuentros con el Resucitado, donde algunas de ellas aparecen nombradas de nuevo.

En sus visitas a la tumba ellas comienzan a formular con sus propias palabras, y gracias al encuentro con que son regaladas, el anuncio de que el Crucificado vive para siempre. Allí fueron a hacer sus lamentos y, como era habitual, hicieron memoria en ellos de la vida entera del muerto, interpretándola desde el final que tuvo, y a la luz de la categoría de mártir o justo perseguido. Pero, además, su recuerdo fue transformado por la experiencia misma de revelación que acontece en las apariciones: el Crucificado ha resucitado. Las mujeres viven, por tanto, una experiencia reveladora que, en sí misma, niega la pertinencia del acto mismo de lamentación que realizan. La certeza que

brotó de esta experiencia las lleva a comunicarla a los demás discípulos. Ellas son testigos de que Cristo vive; pero, además, sus lamentos, transformados por esa experiencia reveladora y por el encuentro con el Resucitado, bien pueden estar en el origen de la tradición sobre la Pascua. Salen fortalecidas del encuentro con Cristo resucitado y van a anunciarlo. Habiendo estado vinculadas a Jesús desde Galilea, cuando comenzaron su seguimiento, lo siguen estando ahora en los primeros pasos de los grupos creyentes.

María de Magdala, María la de Santiago, Salomé, Juana, y otras que estaban con ellas, son mujeres creyentes y, siendo testigos del Resucitado, lo anuncian como salvación y redención (Mt 28,8: “corrieron a dar la noticia a los discípulos”; cf. Lc 24,10). Así lo muestran los relatos evangélicos, y desde luego, no tenemos por qué dudar que se trata de datos que se corresponden con la realidad histórica. Mateo relata que cuando el que había sido crucificado se les aparece, ellas “se asieron a sus pies y le adoraron” (Mt 28,10). Su gesto habla de encuentro y reconocimiento de la divinidad de Jesús. Ellas reciben un encargo que cumplen. Cuentan lo que han visto y oído ante varones todavía incrédulos y duros de corazón (cf. Mc 16,14), que consideran su testimonio un desatino (cf. Lc 14,11).

1.1 Una figura destaca: María de Magdala

Entre todas ellas destaca la figura de María de Magdala. Todos los evangelios coinciden en que ella dio testimonio del Resucitado, con quien tuvo un encuentro (Mt 28,5-8.10; Mc 16,1; Lc 24,10; Jn 20,17-18). María de Magdala es *discípula* (Mc 15,41; Mt 27,55; Lc 23,49); *testigo* cualificada de la vida y enseñanza de Jesús de Nazaret, y también de su muerte y del destino de su cuerpo; *receptora* de una aparición del Resucitado y *enviada* (apóstol) (Mt 28,9-10; Jn 20,14-18; Mc 16,9).

1.2 Pero no solo ella

Algunas otras referencias del Nuevo Testamento dejan constancia de más mujeres, cuya fe está en el origen de su compromiso eclesial y evangelizador.

Por Pablo conocemos a una pareja, **Andrónico y Junia**, de quienes dice: "llegaron a la fe antes que yo" (Rm 16,7), y son "ilustres entre los apóstoles". Ambos tuvieron un encuentro con el Resucitado (destinatarios de una aparición) y fueron enviados a anunciar el evangelio (cf. 1Cor 9,1).

El libro de los Hechos nos cuenta la conversión de **Lidia** en un encuentro con Pablo y Bernabé en Filipos (Hch 16,13-14.15). El relato lucano deja constancia de la escucha profunda de Lidia, y cómo "el Señor le abrió el corazón para que se adhirió a las palabras del apóstol". Independientemente de que la narración contenga un hecho histórico, y de la teología lucana que deja traslucir el episodio, esa breve referencia nos indica cómo los primeros creyentes comprendieron la actuación de la gracia y la respuesta creyente de las mujeres (también de los varones). El resultado, dice el autor de Hechos, es que ella y toda su casa se bautizaron.

Cómo no recordar también a **la mujer de Samaría** (Jn 4,1-42). Su recuerdo nos llega a través de una narración que parece reflejar el inicio de la misión en Samaría por parte de los helenistas, expulsados de Jerusalén, probablemente en torno al año 40-42 (Hch 8,1.40; 11,9). La mujer habría jugado un rol destacado en la conversión de algunos samaritanos y su vinculación al grupo joánico. Podría pensarse que este relato tuvo, en su origen, una función etiológica acerca de la fundación de una comunidad joánica en Samaría o al menos de la adhesión de algunos miembros al movimiento, hecho en el que, a juzgar por el relato, habría tenido un papel singular la mujer samaritana.

En su salida, los helenistas llegaron a Antioquía y es posible que algunas mujeres discípulas de Jesús o algunas de las que anunciaron la resurrección llegaran a Antioquía después de la persecución en Jerusalén (entre el grupo de los helenistas) y que anunciaran también allí el evangelio (Hch 11,19-20). Estaríamos ante misioneras itinerantes que difundieron tradiciones discipulares de algunos milagros de Jesús. Con ellas llevarían historias de discípulas de Jesús, como la suegra de Pedro, y las tradiciones que testimoniaban el papel de las mujeres en la predicación de la resurrección, y en las que verían reflejado un discipulado y un liderazgo más inclusivo². De hecho, el relato mateano de la curación de **la suegra de Pedro** es, en realidad, un relato vocacional con motivo de curación³, muy diferente al que presentan Marcos y Lucas. De ella destaca su *diakonía*, expresión clave de seguimiento.

Como sucede con la llamada de Mateo/Leví (Mt 9,9; cf. Mc 8,14-15), Jesús, el que convoca, *llega* donde está ella, la *ve* en la situación concreta que está (en el caso de Leví, sentado en la oficina de tributos; en el caso de la suegra de Pedro, tumbada y con fiebre); la *llama* (a ella con el gesto, "tocar", Mt 8,15 (cf. Mt 17,7); a Leví con la palabra: "sígueme", Mt 9,9), y finalmente la persona llamada, en este caso, la mujer, *responde* ("levantarse" y "servir", Mt 8,15; Leví: "levantarse" y "seguir", Mt 9,9). En el caso de la suegra de Pedro, al ser una historia que combina una llamada vocacional con una curación, nos encontramos además con la constatación del milagro: "la fiebre la dejó" (Mt 8,15).

² Cf. **Elaine M. Wainwright**, *Towards a Feminist Critical Reading of the Gospel According to Matthew*, Berlin 1991, 345.

³ Cf. **Marie Émile Boismard-Arnaud Lamouille**, *Synopsis Graeca Quattuor Evangeliorum*, Leuven-Paris 1986, 97; **Rudolf Pesch**, "Die Heilung der Schwiegermutter des Simon-Petrus: Ein Beispiel heutiger Synoptikerexegese", en *Neuere Exegese-Verlust oder Gewinn?*, Friburgo 1968, 143-176.

2 Una fe que se transparenta en obras

La fe de estas mujeres no quedó relegada a una experiencia interior, sino que se transparentó en obras concretas y sustentó su liderazgo en los grupos cristianos. Se implicaron activa y significativamente animando sus comunidades, dando hospitalidad a otros creyentes, transmitiendo la fe a sus hijos y tratando de conducir a la fe a sus maridos, en el caso de que fueran no creyentes, anunciando el evangelio en otras ciudades y contextos, y asumiendo las dificultades, sufrimientos y persecución, que muchas veces conllevaba.

El sentido y la fuerza de su actuación –fuertemente criticada por algunos sectores sociales y también eclesiales– lo encontraron en el *evangelio* que les fue anunciado, en la *confianza* en Dios, que les hacía pronunciar con sus propias palabras, al estilo de María en su momento, “hágase en mí según tu Palabra” (cf. Lc 1,38), en la *esperanza* de una mesa compartida en la que “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer” (Ga 3,28), en el *amor* que acogido como don les impulsaba a amar con generosidad y gratuidad. Por ello mismo fueron capaces, en compañía de los varones, de abrirse a procesos de creación y re-significación de los símbolos, las prácticas y los valores antiguos, estando valerosamente implicadas en el desarrollo de la vida comunitaria y en la misión.

Uno de los factores que favoreció el protagonismo femenino e hizo más posible la cooperación equiparable de varones y mujeres en movimiento cristiano de los orígenes fueron *las casas*.

En los comienzos del movimiento cristiano las casas privadas desempeñaron una función central como lugares donde las comunidades se reunían, se formaban, se nutrían y se animaban en la tarea misionera. El cristianismo

se fue implantando y arraigando en el mundo greco-romano en torno a las familias que se convertían y ofrecían sus casas como centros de las reuniones comunitarias. La casa constituía la unidad socio-económica básica de la sociedad mediterránea antigua; en torno a ella se articulaban las relaciones de amistad y todo tipo de interacciones sociales y económicas. De ahí su importancia para la consolidación del movimiento cristiano, como núcleo generador de las “iglesias domésticas”, y también como ámbito del que Pablo, por ejemplo, retomó términos para referirse a la identidad de los miembros de la *ekklesía* (hermanos y hermanas, hijos e hijas), y también para describir distintas funciones y ministerios comunitarios (los misioneros son servidores y administradores de la casa). La organización social del cristianismo tuvo, por consiguiente, una clara “matriz familiar”, y la identidad colectiva se fue consolidando en torno al modelo familiar patrilineal que trabajaron y reconvirtieron, al menos en algunos aspectos esenciales, como el papel de las mujeres en la nueva familia.

Las personas que ofrecían sus casas como lugar de referencia para las comunidades cristianas fueron consideradas, al menos en algunos casos, como maestros y se les reconoció autoridad y funciones de dirección, según se desprende de las cartas de Pablo (1Co 16,15-18).

Con el fin de poner de relieve el protagonismo femenino, enumeramos las casas ofrecidas por mujeres. Entre ellas:

- **Prisca** (junto con su esposo Aquila) en Éfeso (1 Co 16,19) y en Roma (Rm 16,3-5), posiblemente también en Corinto (Hch 19,2-3; 18,18-19,1);
- **Febe** en Céncreas (Rm 16,1-2), y *posiblemente Cloe* en Corinto (1 Co 1,11);
- **Ninfas** en Laodicea (Col 4,15),

- **María**, la madre de Juan Marcos en Jerusalén (Hch 12,12)
- y **Lidia** en Filipos (Hch 16,14-15.40).
- Por otra parte, si **Evodia y Síntique** son dirigentes del grupo de Filipos, bien podría ser que fueran anfitrionas en sus casas respectivas (Flp 4,2-3).

En las casas se oraba, se fortalecían los lazos de hermandad entre los creyentes, se salía al paso de sus necesidades (atención a enfermos, encarcelados, viudas...), se practicaba la hospitalidad, se impartía instrucción básica en la fe, y eran el lugar del que se partía y al que se llegaba en los viajes misioneros. No es plausible pensar que el movimiento cristiano se desentendiese por completo de las reglas que regían el funcionamiento de la principal institución del Mediterráneo antiguo, la casa. Sin embargo, es preciso afirmar que las acciones de los hombres y mujeres cristianos fueron “actos de producción” (Giddens), y contribuyeron con ellos a alterar importantes pilares sobre los que se sostenían las sociedades antiguas. Por ejemplo, el liderazgo de hombres y mujeres en las comunidades paulinas, o algunas creencias que apoyaban mayor equiparabilidad entre creyentes (Ga 3,28; 1 Co

12,7), habría contribuido a socavar la autoridad indiscutible del *paterfamilias*.

Sin duda este modo de organización contribuyó a reforzar el protagonismo de las mujeres cuyas tareas de dirigencia (en el gobierno, en la enseñanza, en la animación comunitaria) podían verse como una extensión de sus actividades en el ámbito de la casa. De esta manera, las mujeres pudieron desempeñar funciones públicas, y hacer equipo con los dirigentes varones, sin desafiar abiertamente la estructura social, sustentada en la división según el género de los espacios públicos y privados.

Nos centramos en alguna de estas figuras femeninas, cuya significatividad se recoge en los textos del Nuevo Testamento, y especialmente en las cartas de Pablo. En los equipos misioneros del apóstol encontramos hombres y mujeres cuyas tareas y funciones parecen intercambiables, y que no siempre es fácil determinar con exactitud. El término genérico con que el apóstol se refiere a ellas y ellos es “colaborador” (*synergos*), especificando que “trabajan duramente” y “se afanan” (*kopiao*) por el evangelio. Pablo invita a sus comunidades a reconocer su autoridad: “os presiden en



el Señor y os amonestan". Entre las colaboradoras, se recuerda a *Evodia y Sintique* (Flp 4,2), *Apfia* (Flm 2), *Trifena, Trifosa y Pérside* (Rm 16), etc. Pero, algunas mujeres reciben también otros títulos: Febe es "ministra" (*diakono*) y benefactora; Junia es apóstol.

3 Febe, diácono de la Iglesia de Céncreas

Febe es una de las grandes figuras femeninas que forma parte de los colaboradores de Pablo. Entre los títulos que recibe está el de "bienhechora", refiriéndose así a una mujer rica que ha puesto sus recursos al servicio de la comunidad cristiana. Ha acogido a Pablo y fácilmente a otros misioneros en su casa de Céncreas: "ha sido bienhechora (*prostatis*) de muchos y de mí mismo" (Rm 16,1-2). Probablemente les facilitaría también el acceso a personas influyentes de la ciudad portuaria o de otros lugares.

Febe, a quien se designa también como "diácono", recibió el encargo del apóstol de representar a una iglesia ante otra, tarea que forma parte del concepto de *diakonía*. De esta manera se resalta que ella es representante autorizada de quien la envía, como en otras ocasiones lo fueron Timoteo y Tito, y debía ser recibida al igual que lo sería Pablo. El apóstol pide hospitalidad para ella y la recomienda como hermana, diaconisa, y patrona de muchos y de él mismo (Rm 16,1-2). Al añadir que sea recibida "en Cristo", Pablo apela a los lazos de hermandad en la *común fe* que la unen con la comunidad a la que se dirige. Y al exhortar a que lo hagan de "una manera digna de los santos", recalca la especificidad de la acogida que mutuamente han de ofrecerse los creyentes.

Al referirse a ella como *diakono*, se afirma que el anuncio del evangelio es central en su vida, como para Pablo, que se llama a sí mismo

mo "ministro de Dios" (2Cor 3,6; 11,23; cf. Rm 11,13; 1Cor 16,15; 2Cor 5,18; 6,13). Llegar a ser diaconisa o ministra supone haber recibido la llamada de Dios para anunciar el evangelio (1Cor 3,5.9), e implicaría dedicarse a la enseñanza y la evangelización entre las comunidades (1Tes 3,2). Por tanto, se trataría de una mujer misionera, predicadora y maestra, cuyas tareas pudieron no estar exentas de tribulaciones, necesidades, fatigas y sufrimientos de distinto tipo, como le sucedió a Pablo y a otros colaboradores suyos (cf. 2Cor 6,1-10). Es importante, no obstante, no confundir la tarea de la *diakonía* en los dos primeros siglos con la que realizarían las diaconisas a partir del siglo III, y cuyo rito de ordenación más antiguo se conserva en las *Constituciones apostólicas* (380 d.C.).

4 Prisc(ila), misionera y maestra

Se la recuerda junto con Aquila (1 Co 16,19; Rm 16,3-5; Hch 18,1-3.18; 18,24-19,1). La significatividad de esta mujer se percibe al ser nombrada antes de Aquila en dos ocasiones: Rm 16,3 (cf. 2 Tm 4,19) y Hch 18,18, contraviniendo así los cánones sociales al uso⁴. Dos pueden ser las razones para ello:

- a) la categoría social de Prisc(ila) sería más alta que la de Aquila;
- b) el éxito de esta líder femenina como agente de evangelización en las iglesias domésticas y en la misión itinerante.

Pablo en ningún momento se refiere a ella como esposa (al contrario que los Hechos), sino que subraya el *pleno compromiso de esta mujer en la tarea misionera en plano de igualdad e interdependencia* con el varón.

Prisc(ila) y su marido combinaron su profesión como artesanos dedicados al negocio de la piel con la tarea misionera y se movie-

⁴ No así en Hch 18,2.26 ni en 1Cor 19,19.

ron por tres grandes ciudades del imperio romano. De acuerdo con los textos, fueron emigrantes judíos en Roma, de donde salieron cuando el emperador Claudio (41-54 d.C.) expulsó de allí a los judíos a causa de los desórdenes creados entre grupos judíos y judeo-cristianos. De allí se trasladaron a Corinto, donde ofrecieron hospitalidad a Pablo (Hch 18,2-3). Y finalmente vivieron en Éfeso, a donde llegaron acompañados de Pablo (Hch 18,18-19,1). Allí dieron hospitalidad a Apolo, a quien instruyen. Teniendo en cuenta que Pablo les envía saludos en su carta a los Romanos, es plausible pensar que regresaron a Roma más adelante. Allí donde viven, Prisc(il)a y Aquila *ofrecen su casa a la comunidad cristiana*: la de Roma (Rm 16,5) y la de Éfeso (1 Co 16,19). Podría deducirse indirectamente también de la de Corinto, ya que según Hch 18,2-3, fueron anfitriones de Pablo, y por extensión, del resto de la comunidad cristiana.

Ambos son considerados como “colaboradores” (*synergoi*), el título más frecuente para referirse a los colaboradores de Pablo. Y como tales, “expusieron su vida por mí” (Rm 16,4). El vocabulario paulino recuerda a otros textos donde Pablo alude a las dificultades y peligros que entraña la vida misionera, bien por los obstáculos y aprietos que pueden encontrar en los viajes, como también por otro tipo de situaciones familiares difíciles que podrían darse en las conversiones al cristianismo (por ejemplo, en los matrimonios de mujeres cristianas con maridos no cristianos: 1Co 7,12-16; 1P 3,1-2), o con los adversarios externos (Flp 4,2-3). Podría ser que esta pareja misionera haya defendido a Pablo en Éfeso (cf. Hch 19,23; 1Co 15,32; 2Co 1,8-9). En concreto, con respecto a Prisca, podría pensarse si los riesgos corridos por esta evangelizadora podrían estar relacionados con los peligros que entrañaba la evangelización de mujeres paganas en sus propias casas, una tarea que pudo estar ya desde el principio, a tenor de los códigos

del mundo mediterráneo antiguo, asociada con las mujeres cristianas.

Finalmente, los Hechos nos hablan de otra función realizada por Prisc(il)a y Aquila: la *enseñanza* (Hch 18,24-26), aunque a ninguno se le llame “maestro”. Según Hch 18,2-3, esta pareja acogió a Apolo en su casa de Éfeso. Ambos se atreven a corregir los conocimientos insuficientes de este judío alejandrino, que daba muestras de ser “elocuente” y, además, “estaba impuesto en las Escrituras” (Hch 18,24). Según el texto lucano, “le explicaron el camino de Dios con más exactitud” (Hch 18,26). Es fácil que esta pareja se apoyara en tradiciones orales, como otros muchos de los primeros integrantes del movimiento de Jesús. Finalmente, Apolo es enviado desde allí con una carta de recomendación para los cristianos de Corinto (Hch 18,26), un dato que ratifica la autoridad que Prisc(il)a y Aquila tenían. Actúan como Pablo mismo hace, por ejemplo, con Febe (Rm 16,1).

5 Junia, insigne entre los apóstoles

Se la recuerda junto a Andrónico (Rm 16,7), una pareja misionera dedicada a la extensión del evangelio, lo que concuerda muy bien con el uso más frecuente del término *apóstol* en Pablo: designa a los misioneros itinerantes que predicán el evangelio (2Co 11,4-6.13; 12,11-12).

Son judeocristianos helenistas, convertidos antes que Pablo, y contaban con una autoridad extraordinaria. Pablo considera un honor que haya colaborado activamente con él y una credencial que ostenta para pedir hospitalidad a la comunidad de Roma. Pablo los llama “apóstoles”, un título que reivindica para él mismo y que no circunscribe a los Doce. El porqué de esa denominación se entiende a la luz de las razones con las que Pablo defiende

su propio apostolado: ha tenido un encuentro personal con el resucitado y ha recibido una misión (1Co 15,5-9; cf. 1Co 9,2; Ga 1,1), como puede ser llevar la colecta a Jerusalén (2Co 8,3).

Junia y Andrónico han sufrido la prisión, marca por excelencia del apostolado (cf. 1Co 4,9-15 y 2Co 10-12). Los apóstoles aparecen como “condenados a muerte”, “espectáculo para el mundo”, son deshonrados, ultrajados y perseguidos, padecen hambre, sed, desnudez, naufragios, peligros en los viajes y por parte de todos.

Aunque no se especifica en qué consistiría la tarea de Junia, es fácil que las misioneras se encargaron de evangelizar a las mujeres, ya que podían entrar en las estancias femeninas sin causar escándalo (cf. Clemente de Alejandría, *Strom.* III, 6.53.5). Por ejemplo, en las casas de mujeres más acomodadas y, por tanto, más controladas en sus movimientos fuera del ámbito doméstico. Esta sería la importancia de estos equipos misioneros, formados por un hombre y una mujer. Pablo cita otras dos parejas misioneras, de las que sólo nos han llegado sus nombres: Filólogo y Julia, Nereo y su «hermana» (Rm 16,13).

6 Evodia y Síntique, dirigentes comunitarios en Filipos

Pablo las nombra juntas en Flp 4,2-3, algo especialmente relevante, ya que podría indicar que trabajaban juntas en la brega por el Evangelio. Los nombres nos hablan de su origen gentil y seguramente contaban con medios económicos.

El testimonio sobre ellas indica que tuvieron un liderazgo reconocido en la comunidad de Filipos y, en general, en el movimiento paulino. Son miembros del equipo misionero donde están Clemente y otros colaboradores (*synergos*) de Pablo. Ambas lucha-

ron juntamente con Pablo *a favor del evangelio*, y son dirigentes en su comunidad (cf. 1Co 16,16.18; 1Ts 5,12). De ahí que el apóstol esté preocupado por sus desavenencias, ya que su conflicto no es indiferente para la vida comunitaria, ni para el testimonio hacia fuera. Los datos apuntan a un conflicto relacionado con su tarea evangelizadora y con las dificultades que conlleva.

No se trataría de misioneras itinerantes, sino que colaboraron activamente con Pablo y otros en el inicio de la misión en Filipos, una importante colonia romana. Una vez que él se fue continuarían, junto con otros colaboradores, animando la vida de la comunidad. A todos ellos podría dirigirse Pablo en el agradecimiento inicial de la carta (Flp 1,3-6). Ambas mujeres son comparadas con *atletas* que han trabajado duro, al unísono y con valentía, e incluso con sufrimientos por causa del evangelio, al igual que Pablo. Es posible que la referencia a ellas contenga, además, un indicio de su trabajo misionero entre no creyentes.

La preocupación del apóstol por el conflicto que tienen le lleva a exhortar a cada una a tener el mismo sentir y pensar en el Señor (Flp 2,2; Rm 12,16; 15,5), algo especialmente importante en esta carta. La referencia a Flp 2,2-4 ilumina la petición hecha a ambas mujeres: tener los mismos sentimientos que Cristo Jesús es renunciar a la búsqueda de vanagloria y al espíritu de rivalidad, y cultivar la humildad, la preocupación por los demás y el convencimiento de que toda persona es superior a uno/a mismo/a. Para ello, pide la ayuda de otros miembros de la comunidad. Las invita a orientar todas sus energías y a vencer todas las dificultades uniéndose al amor de Cristo, única norma para la comunidad. A la luz de toda la carta, los problemas que tienen son los de toda la comunidad. La razón de singularizarlas se entiende porque, al ser dirigentes comunitarias, su conflicto repercute necesariamente más en la vida comunitaria.

7 Eunice y Loide, transmisoras de la fe en la familia

Eunice, la madre de Timoteo, es posiblemente cristiana, aunque no es fácil determinar el significado de la expresión “judía creyente” en Hch 16,1. Este dato cobra especial relevancia porque se la recuerda de nuevo en 2Tm 1,5, donde se dice que, junto con la abuela de Timoteo, **Loide**, contribuyeron a que la fe arraigara en él, uno de los principales colaboradores de Pablo. Juntas educan religiosamente a Timoteo, algo muy plausible, dado que las fuentes antiguas reflejan la estrecha relación que se establece entre las hijas casadas y sus madres. Pero, además, no conviene olvidar que esta función educadora fue muy importante para que el cristianismo se extendiera y arraigara.

La referencia de Timoteo sobre Eunice y Loide nos permite pensar que otras muchas mujeres, en algunos casos viudas, o bien casadas con un marido no creyente, habrían podido influir para que sus hijos/as se adhirieran a la fe cristiana, algo muy valorado en los comienzos del cristianismo. Ef 6,1-4 contiene un pequeño corpus de instrucciones que recibirían los hijos/as, y por su parte, 1Clemente 21,6.8; Didajé 4,9; Policarpo, Carta a los filipenses 4,2, refieren la gran importancia de instruir a los hijos.

La importancia de las mujeres en la evangelización de las familias se deduce de otros testimonios del Nuevo Testamento que reflejan la problemática de las mujeres casadas con maridos no cristianos⁵. Por ejemplo, en 1Pe 3,1-6. Sin entrar a valorar toda la argumentación, la exhortación incide en que las mujeres cristianas evangelicen “sin palabras” (v.1). El autor de la carta opta por que las mujeres mantengan en secreto su filiación cristiana,

a la vez que se atreve a desafiar las creencias mediterráneas aprobando que la mujer elija una religión diferente a su marido y, por tanto, desobedeciéndole. La motivación es clara: el deseo de convertir a los no creyentes.

8 Lidia, la comerciante de púrpura

Sabemos que quienes se convertían permanecieron, por regla general, en sus trabajos y tareas habituales (cf. 1Co 7,7; 1Ts 4,11-12; 2Ts 3,12; Ef 4,28), y convivieron con sus vecinos, manteniendo en lo posible su estilo y modo de ganarse la vida, siempre que no se opusiera abiertamente al estilo de vida cristiano (por ejemplo, trabajar en un templo pagano, o robar (Ef 4,28). Pero esta inserción fue, además, el medio de evangelizar. El ejemplo más claro es Pablo, como también Prisca y Aquila, o Febe.

Entre los escasos datos sobre las mujeres cristianas en los dos primeros siglos, sabemos de algunas mujeres que ejercieron profesiones concretas. Esto no es inusual en las sociedades mediterráneas de ese período. Son muchos los testimonios sobre mujeres que desempeñaron tareas y oficios fuera del hogar (vendiendo sus productos en el mercado o en pequeños negocios, había parteras, y otros muchos oficios). Entre las élites son numerosos los ejemplos de mujeres que intervinieron en política, y como benefactoras de sus comunidades que vieron reconocida su generosidad con cargos cívicos, amén de otras actividades.

Entre las mujeres cristianas ya hemos nombrado previamente a **Priscila**, una artesana, quien junto con su marido Aquila se dedicaron al negocio de la piel, combinándolo con su tarea misionera en distintas ciudades del imperio (Roma, Corinto y Éfeso).

⁵ Cf. 1Cor 7,15; San Justino, Apología II, 2.6.

Por el libro de los Hechos conocemos a **Lidia** (Hch 16,11-15.40), quien habría continuado con su tarea vinculada al ventajoso comercio de la púrpura una vez convertida. Nada hay en el relato lucano que lo contradiga. No se puede determinar con certeza si se trata de un personaje histórico o novelado. Lo que sí puede afirmarse es que la presentación que se hace de ella y su comportamiento resulta completamente plausible para los oyentes de estos textos en los dos primeros siglos.

Debido a su profesión es fácil, además, que hubiera estado vinculada a alguna asociación voluntaria o *collegia*. La presencia femenina en estos gremios está atestiguada en inscripciones. Las fuentes permiten avanzar la hipótesis de que hubo mujeres del tipo de Lidia dedicadas al comercio de la púrpura, que prosperaron gracias a ello, ejerciendo como benefactoras de sus grupos profesionales.

Lidia escucha atentamente la predicación de Pablo y se convierte. Se bautizan, ella y los de su casa, y Lidia invita a los apóstoles a residir en su casa, muestra de hospitalidad.

Para terminar...

En estas páginas hemos presentado unas pocas mujeres de los orígenes cristianos y nos hemos referido a alguna de sus experiencias y actividades, pero hay mucho más. No obstante, a través de esos datos ya se puede ver cómo la acogida de las continuas insinuaciones de Dios en su vida hizo posible para ellas una profunda experiencia teológica, que generó en ellas nuevos dinamismos que la dispusieron a recrear la mirada y la capacidad de escuchar y de *amar*; que ahondaron y ensancharon su capacidad de *trenzar la esperanza* tejiendo los hilos de la historia con los hilos de Dios; y finalmente, a *crecer en confianza*, seguras del amor incondicional que lleva a establecer un vínculo decisivo con Dios y con los demás hombres y mujeres.

Invito a los lectores/as a continuar descubriendo a estas primeras mujeres cristianas, a quienes la fe, transformó sus vidas, siendo *fermento* en medio de los grupos sociales en los que vivieron, y acogiendo el envío de acompañar a sus comunidades con su testimonio de vida y con sus palabras.

BIBLIOGRAFÍA PARA PROFUNDIZAR

BERNABÉ, Carmen, "Duelo y género en los relatos de la visita a la tumba", en Carmen Bernabé – Carlos Gil (eds.), *Reimaginando los orígenes del cristianismo*, EVD, Estella 2008, 307-352.

ESTÉVEZ LÓPEZ, Elisa, *Qué se sabe de... Las mujeres en los orígenes cristianos*, Verbo Divino, Estella 2012.

ID, «Una colaboración fecunda: mujeres y varones cristianos en los siglos I-II», en Fernando Rivas (ed.), *Iguales y diferentes. Interrelación entre mujeres y varones cris-*

tianos a lo largo de la historia, San Pablo, Madrid 2012, 15-74.

MACDONALD, Margaret, *Las mujeres en el cristianismo primitivo y la opinión pagana. El poder de la mujer histórica*, EVD, Estella 2004.

OSIEK, Carolyn – MACDONALD, Margaret – TULLOCH, Janet H., *El lugar de la mujer en la iglesia primitiva*, Sígueme, Salamanca 2007.

RIVAS, Fernando, *Desterradas hijas de Eva. Protagonismo y marginación de la mujer en el cristianismo primitivo*, San Pablo-Comillas, Madrid 2008.